

UN ALTO EL FUEGO PUEDE DETENER LA VIOLENCIA INMEDIATA, PERO NO ALIVIARÁ EL PROFUNDO SUFRIMIENTO QUE PADECE LA POBLACIÓN DE GAZA

Mira Amarneh

**Estudiante palestina de Derechos Humanos y Derecho Internacional en el Alquds Bard College
16 de enero del 2025**

Un alto el fuego puede detener la violencia inmediata, pero no aliviará el profundo sufrimiento que padece la población de Gaza. La angustia de las madres que lloran la pérdida de sus hijos o la difícil situación de los 50.000 niños huérfanos de Gaza, va mucho más allá de lo que puede rectificar una mera suspensión de los combates.

¿Qué consuelo supone un alto el fuego para las familias que han sido borradas por completo de los registros civiles?

El trauma infligido a las personas sometidas a violencia sexual y tortura en las cárceles de ocupación perdurará mucho después de que callen las armas. El escrutinio internacional sobre el uso de armas prohibidas por parte de Israel no desaparece con un alto el fuego; las imágenes de cuerpos desmembrados y niños sufriendo se graban indeleblemente en la memoria colectiva. Además, los asentamientos seguirán expandiéndose, se demolerán viviendas y se confiscarán tierras palestinas, haciéndose eco de la destrucción en curso de todo un patrimonio cultural. La violencia y el sabotaje persistentes de los colonos contra las vidas y propiedades palestinas no cesarán, como tampoco lo harán las condiciones inhumanas a las que se enfrentan los prisioneros, algunos de los cuales han muerto a causa de la tortura. A medida que avanza la cuenta atrás para el propuesto cese de la violencia, la realidad es que esta ocupación aprovecha con avidez cualquier oportunidad para infligir más sufrimiento.

Con dos millones de personas luchando contra el hambre, la propagación de enfermedades, el agua contaminada y la falta de electricidad o atención médica, la situación es terrible. Mientras los animales hurgan en los cuerpos de los fallecidos, cabe preguntarse: *¿quién ayudará a la población de Gaza a curarse de su implacable trauma?*

Las luchas se extienden más allá de Gaza, abarcando Cisjordania con sus asentamientos y puestos de control, y el bombardeo diario de vidas vividas en condiciones terribles. Las zonas bajo control de Israel, especialmente en Jerusalén y las tierras de la línea verde, son silenciadas y perseguidas incluso por pronunciar las palabras «Gaza» y «Palestina».

En este complejo entramado de sufrimiento, un alto el fuego por sí solo no puede traer la paz; no es más que una tirita en una herida supurante.

El reciente alto el fuego simboliza no sólo una pausa en la violencia, sino que constituye un testimonio de la resistencia del pueblo de Gaza, que ha soportado un año y medio de genocidio sin ceder. Su firme negativa a abandonar su identidad, su patria y sus derechos ha iluminado la conciencia del mundo respecto a las injusticias sistemáticas perpetradas por la ocupación israelí y la complicidad de gobiernos inhumanos que apoyan abiertamente tales atrocidades.

La población de Gaza ha despertado una humanidad colectiva que llevaba mucho tiempo adormecida, arrojando luz sobre las terribles realidades de su sufrimiento y exigiendo responsabilidades. No podemos olvidar las protestas y a las valientes personas que han sido detenidas simplemente por defender a Palestina; cada voz que se ha alzado en apoyo de Gaza, ya sea a través de hashtags, mensajes en las redes sociales o manifestaciones callejeras, ha contribuido a esta noble lucha.

Se ha acumulado solidaridad, amor y fuerza, demostrando que la batalla por la justicia, la dignidad y la humanidad se libra en múltiples frentes.

Los verdaderos vencedores de este conflicto son los resistentes ciudadanos de Gaza, que han soportado el peso de la opresión, pero siguen inquebrantables. Han vivido en condiciones que hacen la vida casi insostenible, pero persisten en su resistencia, encarnando el espíritu de perseverancia.

La perdurable proclamación de que «Palestina es libre desde el río hasta el mar» resuena con más fuerza que nunca; la ocupación israelí no borrará nuestra existencia ni nuestra identidad. Mientras escribo estas palabras entre lágrimas, reflexiono sobre el dolor colectivo que todo palestino siente cuando se enfrenta a las continuas tragedias: la pérdida, la violencia y los implacables intentos de socavar nuestra dignidad.

Estas lágrimas son el eco de nuestra lucha común contra las violaciones y la humillación, pero también simbolizan un momento de resiliencia, la capacidad de respirar y llorar desafiando a la opresión. En última instancia, nuestra libertad depende del fin de la ocupación; la verdadera paz no puede coexistir con un régimen comprometido con el genocidio y la limpieza étnica. La lucha por un futuro en el que todo lo palestino sea honrado y preservado continúa, y no nos callaremos.

Palestina será libre para siempre.

A CEASEFIRE MAY HALT THE IMMEDIATE VIOLENCE, YET IT WILL NOT ALLEVIATE THE DEEP-ROOTED SUFFERING EXPERIENCED BY THE PEOPLE OF GAZA

Mira Amarneh

Palestinian Human Rights and International Law student at Alquds Bard College

January 16, 2025

A ceasefire may halt the immediate violence, yet it will not alleviate the deep-rooted suffering experienced by the people of Gaza. The anguish of mothers mourning their lost children, or the plight of the 50,000 orphaned Gazan children, is far beyond what a mere suspension of fighting can rectify.

What solace is a ceasefire to families that have been entirely erased from civil records?

The trauma inflicted on those subjected to sexual violence and torture in occupation prisons will linger long after the guns fall silent. International scrutiny on Israel's use of prohibited weapons doesn't disappear with a ceasefire; images of dismembered bodies and suffering children burn indelibly into collective memory. Moreover, settlements will continue to expand, homes will be demolished, and Palestinian lands will be seized, echoing the ongoing destruction of an entire cultural heritage.

The persistent violence and sabotage from settlers against Palestinian lives and properties will not cease, nor will the inhumane conditions faced by prisoners, some of whom have died due to torture. As the clock counts down to the proposed halt in violence, the reality is that this occupation eagerly exploits any opportunity to inflict further suffering. With two million people grappling with starvation, the spread of diseases, contaminated water, and lack of electricity or medical care, the situation is dire. As animals scavenge the bodies of the deceased, one must ask: *who will help the people of Gaza heal from their relentless trauma?*

The struggles extend beyond Gaza, encompassing the West Bank with its settlements and checkpoints, and the daily bombardment of lives lived under dire conditions. Those areas under the Israel's control, especially in Jerusalem and green line lands, are silenced and persecuted for even uttering the words "Gaza" and "Palestine." In this complex web of suffering, a ceasefire alone cannot bring peace; it is merely a band-aid on a festering wound.

The recent ceasefire symbolizes not just a pause in violence, but it stands as a testament to the resilience of the people of Gaza who have endured a year and a half of genocide without yielding. Their steadfast refusal to abandon their identity, homeland, and rights has illuminated the world's conscience regarding the systematic injustices perpetrated by the Israeli occupation and the complicity of inhumane governments that openly support such atrocities. The people of Gaza have awakened a collective humanity that had long been dormant, shedding light on the dire realities of their suffering and calling for accountability.

We cannot forget the protests and the courageous individuals who have been arrested simply for advocating for Palestine; every voice raised in support of Gaza, whether through hashtags, social media posts, or street demonstrations, has contributed to this noble struggle. Solidarity, love, and strength have been amassed, showcasing that the battle for justice, dignity, and humanity is being fought on multiple fronts.

The true victors of this conflict are the resilient citizens of Gaza who have borne the weight of oppression yet remain unbroken. They have lived under conditions that render life nearly unbearable, yet they persist in their resistance, embodying the spirit of perseverance. The enduring proclamation that "Palestine is free from the river to the sea" resonates more powerfully than ever; Israeli occupation will not erase our existence or identity. As I write these words through tears, I reflect on the collective sorrow every Palestinian feels when confronted with the ongoing tragedies — the loss, the violence, and the relentless attempts to undermine our dignity.

These tears echo our shared struggle against violations and humiliation, yet they also symbolize a moment of resilience, the ability to breathe and cry in defiance of oppression. Ultimately, our freedom hinges on the end of occupation; true peace cannot exist alongside a regime committed to genocide and ethnic cleansing. The fight for a future where everything Palestinian is honored and preserved is ongoing, and we will not be silent.

Palestine will be free forever.